



Reseñas

Illouz, Eva. *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*, Buenos Aires, Katz Editores, 2012.

Bajo un nombre un tanto engañoso, puesto que remite en mayor medida a un libro de autoayuda para amantes dolientes que a un análisis sociológico de la fenomenología amorosa moderna, Eva Illouz, profesora en la universidad de Jerusalén, nos presenta un libro de gran interés. Como sucede a menudo en los temas sociales candentes, que afectan profundamente a muchas personas y pueden llegar a producir daños irreparables –he conocido mujeres que han muerto como consecuencia de abandonos amorosos, otras que han pasado por períodos obsesivos cercanos a la locura-, los individuos viven los dramas del desamor con sentimientos de destrucción y también de culpa, considerando que no han sabido manejar suficientemente las situaciones, que no han sabido responder a los deseos ajenos, que no tienen las capacidades adecuadas para ser amados o amadas. Desde la sociología tratamos de confortarlos: el problema no está en ti, sino en una sociedad que ha cambiado, y permite juegos que parecían vetados. Son las condiciones objetivas, cariño, no las subjetivas. Atiende que te lo cuento.

Sabemos que el éxito de tal acción suele ser más que discutible; quien sufre mal de amores está demasiado absorto en sus angustias para atender a razones abstractas. Y sin embargo, no me parece que este ejercicio sea inútil; poco a poco va cambiando el concepto del amor, una cierta racionalidad invade un territorio que, de otro modo, ésta únicamente habitado por la ilusión romántica de la indecible epifanía amorosa, celebrada desde todos los ámbitos como el clímax de la vida, el bálsamo para todo tedio cotidiano. Si en el fragor de la batalla nadie

atiende a razones, éstas pueden por lo menos mitigar las expectativas, hacerlas más creíbles e incluso claras; ayudar a comprender la naturaleza de los conflictos, a darles la vuelta al descubrir que no hay una única manera de encauzar el amor. De aquí que el libro de Illouz sea una excelente guía para adentrarse en los vericuetos de la pasión moderna, para entender algunas de las situaciones nuevas que se nos plantean y que no tienen precedentes en las novelas del siglo XIX.

En efecto, la autora comienza su andadura explorando modelos anteriores de amor romántico, notablemente las novelas de Jane Austen, para poner de relieve cuales eran las expectativas predominantes en la pareja en su época. Interesante recorrido, porque Illouz descubre que el concepto fundamental fue, en aquel momento, el de "compromiso". El compromiso, la palabra dada, debía prevalecer sobre la pasión, sobre el deseo; sólo quien se comprometía y era fiel a su palabra merecía el respeto y el amor, fuera cual fuera la base de tal acción. Justo la palanca que la autora necesita para adentrarse en los cambios ocurridos en tiempos más cercanos. Si alguna carencia se observa hoy en la construcción y devenir de muchas de las parejas es precisamente la falta de compromiso, la renuencia a crear lazos que puedan considerarse perdurables en el tiempo, que puedan exigir continuidad o entrega.

A partir de aquí, la autora explora las expectativas y actitudes que se producen hoy en las sociedades occidentales en relación a la elección de pareja, a lo que se espera de ella, a lo que se invierte en ella. El surgimiento de los mercados matrimoniales, la constitución de la experiencia sexual y de la acumulación de ellas en algo valorado y que valora a quien lo posee, una suerte de "capital sexual" equivalente al "capital social" o al "capital cultural"; la aparición de nuevas formas de encontrar pareja, la frecuencia de la aparición del desengaño, de la decepción, de la ruptura. La normalidad del desamor. Todo ello desfila por las páginas del libro debidamente documentado a partir de citas aparecidas en periódicos y revistas, de frases extraídas de la literatura, de confesiones arrancadas a personas que fueron entrevistadas con el propósito de comprender mejor los resortes ocultos que hoy impulsan y regulan la pasión, los encuentros, los vínculos. Illouz realiza una excelente descripción de tales mecanismos, de los recovecos que los constituyen, de las trampas que comportan. Todo un mundo de anhelos e ilusiones perdidas que duele y que, para que duela menos, vamos tratando de minimizar, de atrapar en palabras, de delimitar. "On se fait une raison", como suele decirse en francés, es decir, la razón nos lleva a rebajar nuestros objetivos, a aceptar la limitación de lo alcanzado.

Hay un aspecto, sin embargo, que es importante en el tema del amor y que Eva Illouz plantea, aunque, a mi modo de ver, tal vez de modo insuficiente. El amor no es vivido de igual forma por los hombres y por las mujeres. Tal vez las formas de vivirlo son más parecidas para ambos sexos de lo que fueron en el pasado, pero aun así las diferencias siguen siendo notables. Las mujeres, tanto por prescripción de género como por la existencia de un reloj biológico mucho más evidente que en el caso de los hombres, necesitan casi siempre, en un determinado momento, construir una pareja estable, tener un punto de referencia ajeno a ellas mismas que de sentido a su vida; los hombres parecen necesitarlo mucho menos, o así se percibe en los momentos actuales, en los que la mayor oferta de mujeres hace difícil, según nos indica Illouz, la elección de una pareja estable por parte de los hombres, que esperan siempre que el próximo encuentro les depare alguien más interesante. El resultado para las mujeres es la ansiedad y la necesidad, incluso, de no mostrar excesivo interés, para no devaluarse; para los hombres, una cierta abulia, algo parecido a la desgana, al mariposeo. De aquí que el amor parezca doler más a las mujeres, en el momento actual; veremos si ocurre así en el futuro, teniendo en cuenta que ya faltan cientos de millones de mujeres en el mundo, como resultado de los infanticidios y abortos selectivos.

Otro aspecto en el que la autora no entra y que me parece sin embargo interesante: el amor es probablemente el último elemento que implica un sentido trascendente de la vida y que está al alcance de todos los individuos. Otros aspectos, como la creación artística o científica, por ejemplo, tienen una incidencia mucho más limitada. Todo el esfuerzo actual para alcanzar la autonomía, convertir el amor en acumulación de experiencias sexuales, vigilar de cerca el grado de compromiso que adquirimos y mantener espacios de independencia personal permite, en último término, minimizar el dolor que el amor puede producir. Pero al mismo tiempo, minimiza el amor mismo, su capacidad de dar un sentido a la vida. Este sentido parece haberse perdido en gran parte para los varones con el debilitamiento de la construcción patriarcal, que creaba la ilusión de fundar un linaje destinado a mantener el recuerdo individual; las mujeres lo mantenemos aun en parte, y nos resistimos a perderlo: amar es poner nuestra vida al servicio de algo que nos supera, que va más allá de nosotras. Probablemente el día que perdamos esta sensación no nos quedará más que la posibilidad de acumular dinero para poder hallar un sentido a la vida, como parece estarles pasando a tantos hombres. Por esto las mujeres nos resistimos a perder este posible caudal de emociones, aunque duela. Por eso volvemos una y otra vez a intentarlo, aun sabiendo el peligro que corremos.

Todo parece indicar, sin embargo, que los dados están echados, y que si no conseguimos un nuevo equilibrio amoroso entre los sexos, el amor será cada vez más un juego inocuo, un apego de usar y tirar. Dolerá menos, por supuesto. Pero me temo que algo habremos perdido en el camino.

Buen libro el de Eva Illouz. Tal vez un tanto reiterativo en su argumentación, pero sólido y lúcido. Aunque no pretende darnos recetas para ser menos infelices, probablemente quien lo lea comprenderá porque pasó lo que pasó, y podrá, la próxima vez, equivocarse menos y saber que sus errores no fueron por falta de inteligencia o de tacto, sino porque estamos en una forma de civilización todavía muy antigua, a la que le falta mucho que aprender en el terreno de las emociones y las relaciones, en la tarea de saber vivir y amar.

Marina Subirats